

Comentario al evangelio del domingo, 7 de febrero de 2021

UNA ENFERMA EN CASA

No sólo en la sinagoga de la que acaba de salir, se encuentra Jesús con personas que sufren, que están «limitadas» en su actividad y en su libertad. Resulta que también «*en casa*» (en la de Pedro) hay dolor. Da la impresión de que los discípulos, tan pendientes de atender a las gentes de los caminos... se hubieran «olvidado» de la suegra enferma... pero al llegar a casa se lo comunican a Jesús «*inmediatamente*».

Puede resultarnos curioso, que habiendo visto los discípulos algunas de las espectaculares curaciones del Maestro, no se les ocurriera mencionar a la suegra. Marcos no ha recogido cuál era la enfermedad, ni cómo estaba de grave. Pero en todo caso había tenido que meterse en la cama.

Pero este "descuido" es más habitual de lo que parece: no nos damos cuenta o no prestamos atención al estado de las personas que tenemos más cerca: la fiebre, el dolor y la postración, el desánimo, el cansancio, tantos malestares... También es frecuente que, aun sabiéndolo, no lo tengamos muy en cuenta y demos por hecho que tienen que comportarse como si estuvieran estupendamente, que colaboren, que estén de buen humor, que no molesten más que lo justo... En vez de comprender y disculpar su malgenio, su poca disposición a colaborar, sus nervios, su empeño en que estemos continuamente pendientes de ellos... perdemos la paciencia, les decimos cuatro cosas, nos pueden las malas formas... y sin embargo tal vez andemos ocupados y pendientes en atender y hacer «fuera de casa» tantas obras buenas por otros que también lo pueden necesitar.

§ Afortunadamente para ella (tampoco nos ha quedado su nombre), Jesús es invitado a la casa de Simón y Andrés, y casi como aprovechando las circunstancias, le ponen al tanto de la enferma: *le hablaron de ella*. No le piden expresamente nada: sólo le hablan, le informan de que está mala en la cama con fiebre. Con todo, están expresando su confianza con el Maestro. Me hace darme cuenta (de nuevo) de cuántas palabras sobran en nuestras oraciones, diciéndole a Dios lo que tendría que hacer. En la sinagoga (recordemos la escena del Evangelio del domingo pasado) había mandado callar al poseso de manera tajante: «*¡Cállate!*». Y en el pasaje de hoy se dice que a los demonios «*no les permitía hablar*». Palabras, demasiadas palabras. Me viene a la cabeza aquello que explicaba Jesús a propósito de la oración: «*cuando oréis, no seáis charlatanes como los paganos*». ¡Como los paganos! Podría haber dicho también «*no seáis charlatanes, como los demonios*». También lo advertía hace 24 siglos el Qohélet: "*Cuando presentes un asunto a Dios, no te precipites a hablar, ni tu corazón se*

apresure a pronunciar una palabra ante Dios. Dios está en el cielo, pero tú en la tierra: sean, por tanto, pocas tus palabras" (Qo 5, 1). He leído, no recuerdo dónde, unas palabras de una carmelita descalza: «*En la oración dad el corazón a Dios, en vez de tantas palabras*». Pues bien, a los discípulos les bastó con «hablarle de ella». Y lo dejaron todo en manos de Jesús.



§ También lo que decimos respecto a la oración es aplicable al trato con los enfermos. A menudo nos llenamos de palabrería: «Verás cómo te curas enseguida». «Yo tengo un conocido que tuvo lo mismo que tú, y salió adelante». «Tienes que tener paciencia y hacer caso a los médicos» (como si el pobre enfermo no estuviera dispuesto a hacerles caso). «Si yo estuviera en tu lugar...» (cosa del todo imposible porque

nadie puede estar en el lugar de otro). Incluso: «no te quejes tanto», «ten más paciencia», o «no es para tanto», o...

Es verdad que estas cosas se dicen con cariño, buena intención, y pretenden ayudar, pero... seguramente sería más adecuado el silencio. «*Jesús se acercó y la cogió de la mano*». Sencillamente. Es una buena enseñanza para cualquier cuidador o enfermero, o para los que sabemos de alguien que está «*en cama*». Acercarse. Físicamente, procurar ir, estar, acompañar al enfermo. Es un gesto de cariño que vale más que mil palabras. No es lo mismo que una llamadita, o que preguntar a quien sea cómo está. Acercarse. Y tomar de la mano. Es otro gesto importante. Cuando uno está pasándolo mal, cuánto ayuda que te den la mano, o un beso en la frente, o un abrazo en silencio. Las caricias, la ternura, las muestras de cariño nunca sobran. Especialmente (pero no únicamente) cuando se trata de personas mayores.

Es verdad que ahora lo de dar la mano, tocar, dar un beso, una caricia... son «cosas prohibidas». Pero como alguien ha dicho por las redes: «*Cuando no podemos abrazar a las personas que amamos, siempre podemos quererlas abrazándolas con una oración. Orar por los demás es una manera especial de amarlos y sentirnos unidos a ellos*».

§ El hecho de que Marcos nos diga que la suegra de Pedro está «*en la cama con fiebre*» indica que no puede -como era propio de la mujer judía- servir, atender, acoger, dar la bienvenida a los huéspedes... Sin embargo, *en cuanto se le pasó la fiebre, se puso a servirles*. Parece como si el evangelista sugiriera que la falta de atención, de acogida, de servicio... fueran síntomas de que hay una enfermedad, de que algo no va bien, que hay algo que sanar. Y es cierto, porque cuando uno no anda bien física o espiritualmente, se centra en sí mismo, se encierra, incluso hasta puede volverse exigente y egoísta con los demás... pero no «sirve», difícilmente es capaz de estar pendiente de los demás.

En esta sociedad nuestra, y en nuestra propia Iglesia, en nuestras familias (en casa) y comunidades religiosas, me parece a mí que el «servicio», la «atención», la «acogida» no son asuntos de los que nos revisemos suficientemente, como tampoco valoramos y agradecemos a quienes lo hacen... hasta que un día dejan de hacerlo por el motivo que sea y nos damos cuenta del inmenso bien callado que estaban haciendo. Quizá Simón y Andrés se «acordaron» de la suegra enferma, al entrar en casa... y no ser atendidos como era «normal».

Hacer que el otro se sienta bien cuando se acerca a nosotros, atenderle, aceptarle, acogerle... es una importante clave espiritual, evangélica y evangelizadora. La «**acogida**» debiera ser un aspecto muy cuidado en nuestras parroquias: el lugar donde se recibe (¡ay Dios mío, algunos despachos, y salas de reuniones..., qué poco acogedores!), gente entrando y saliendo, interrupciones de todo tipo... Pero también el talante personal, las palabras y actitudes adecuadas...

Un buen deseo, para concluir estas sencillas reflexiones: Que quien se encuentre conmigo, aunque sea por breve tiempo, se marche, cuando menos, mejor que cuando llegó, como proponía Madre Teresa de Calcuta. Que se sienta saludado, acogido, escuchado, atendido, animado...

Y mejor aún si se siente «sanado», comprendido. Porque -siguiendo el ejemplo de Jesús- se trata de «tocar» su inquietud, su corazón herido, su necesidad, se trata de «tomarle de la mano», y -¡ojalá!- de ayudarle a «levantarse» y ponerse a su vez a servir.

§ Nos queda para otra ocasión el fijarnos en la «oración» de Jesús en este cuadro de ajetreos, demonios, curaciones, palabras y silencios... que le llevó a irse a otra parte.

Quique Martínez de la Lama-Noriega, cmf

Imagen de **José María Morillo**

Enrique Martínez de la Lama-Noriega, cmf

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org